

Notas sobre la censura mexicana

Por Carlos MONSIVÁIS

Es un hecho histórico que al iniciarse en Norteamérica los trabajos de la Legión de la Decencia y como resultado directo de sus exigencias en lo que a la elevación moral respecta, la industria cinematográfica se remontó a nuevas alturas de grandeza artística. Resulta también muy significativo que a partir de 1936, cuando la Legión empezó a interesarse en el cine, ni una sola de las películas ganadoras del Óscar ha obtenido la calificación "C" (condenada).

—Harold C. Gardiner, S. J.
Catholic Viewpoint on Censorship

LA REVOLUCIÓN SEXUAL

Con la publicación del Informe Kinsey murió oficialmente la inocencia norteamericana. En un país que manaba tales, tan alarmantes y nutridas estadísticas sexuales, carecían ya de razón de ser los noviazgos a lo Andy Hardy, las sagas de Margaret Mitchell, el rencor social de Upton Sinclair, los sermones de Billy Sunday, las prédicas radiales de Fulton Sheen, las discípulas de Emily Dickinson, el azoro ante el aborto, las camas gemelas, el *merry-go-round*, las evocaciones del *May-flower*. La verdad, lo real, era la omnipresente Revolución Sexual, que, curiosamente, no extremó su encono contra la dictadura puritana al amparo estratégico de alcobas-barricadas. Se conformó, resignadamente, con librar atroces batallas verbales. Para la Revolución Sexual el problema resultó casi filológico: establecer los orígenes de las palabras *tabú*. Decidieron los caudillos de esta curiosa asonada contra los preceptos monogámicos y mosaicos, atacar al puritanismo con las armas del puritanismo. Y como resultado de esta limitación sólo se ha ganado hasta el momento una escaramuza: nombrar las cosas, obtener una licencia verbal para designar en voz alta lo que era objeto de las murmuraciones. Este es el botín de combates periodísticos, juicios escandalosos, películas prohibidas, reputaciones hechas y deshechas: ya se puede decir libremente: orgasmo, pederasta, ninfómana, lesbiana, coito, masturbación. La ley de imprenta ha aceptado esta ampliación de vocabulario. Y la Revolución Sexual ha culminado en el derecho de admirar la obra completa de Ingmar Bergman; en el derecho de leer en ediciones de bolsillo *El amante de Lady Chatterley*, *Trópico de Cáncer* y *Fanny Hill*; en el derecho de comentar exhaustivamente los pormenores del anticonceptivo. También y como criatura múltiple de un doctor Frankenstein pavoroso, la Revolución Sexual ha desatado las vulgarizaciones freudianas y ha iniciado la corrupción de la vida privada. Una revolución que creyó conquistar el amor libre, se quedó únicamente con pequeños territorios, porque las buenas conciencias están en posibilidad de aceptar tales desafueros a cambio de conservar el poder absoluto sobre la opinión pública, de mantener una hipócrita y anacrónica educación sentimental y de dogmatizar en los medios de difusión.

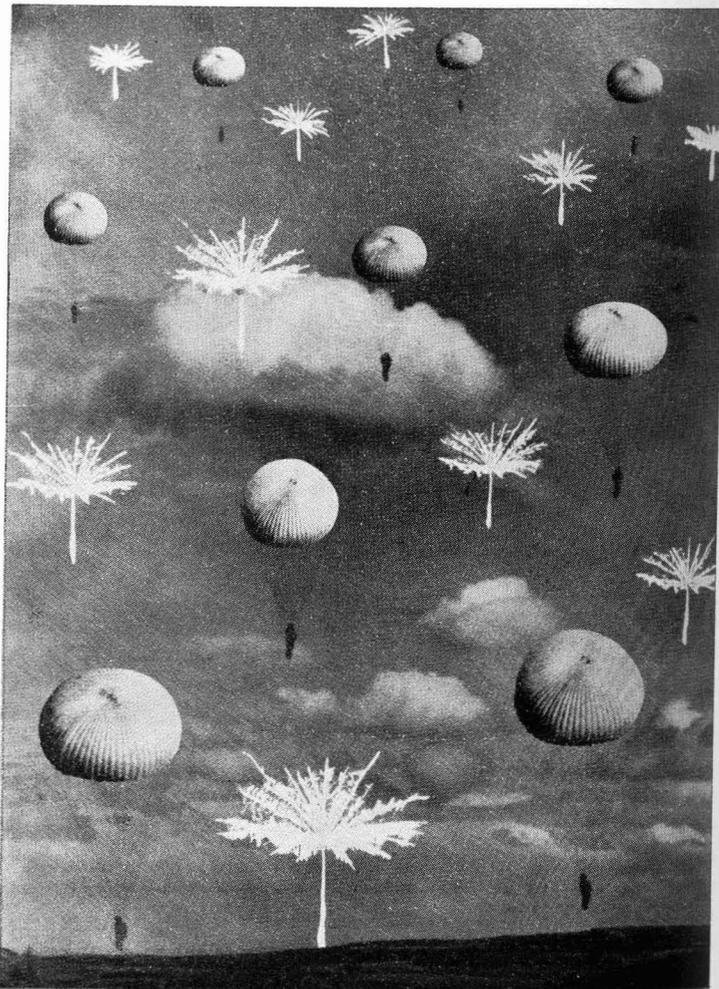
Por otra parte, y quizás como contrapartida a estos logros anecdóticos de la Revolución Sexual (*Lolita* y la luz que arroja sobre la condición infantil, los films "escabrosos", la súbita respetabilidad de Henry Miller) en los Estados Unidos —y si se enfatizan las características de este país, es porque resulta el más sintomático de Occidente—, se observa un muy típico vuelco de la moda: la Gracia se anuncia con las baladas twisteras de Sor Sonrisa, y Morris West emula a M. Delly en sus novelas rosacielo, para desperdigar moralejas, que son seguidas y leídas con avidez. Después de muchos años de dejarse conmover y sacudir visceralmente, el burgués está cansado del juego. El sexo ha sido neutralizado y, al menos por lo pronto, no desempeñará un papel explosivo dentro de la sociedad y dentro de una década que tal vez sea bautizada como "los piadosos sesentas". El feroz contribuyente renuncia a su pasión unívoca por la frivolidad y el vicio, y se transfigura alternativamente con Jean Génét y Thomas Merton. En última instancia, tanto monta la santidad del pecado como la pecaminosidad de la virtud. Si se habla de vínculos familiares, el complejo de Edipo es tan indispensable como la cena de Navidad y hay un parentesco indudable entre Tennessee Williams y Hans Christian Andersen. Dentro de unos años, la viejecita que vivía en un zapato y el homosexual devorado en la playa serán sinónimos, memoria de una edad feliz que deprecaba el cuento de hadas en todos sus niveles. Por lo que parece, la nueva consigna es: *pour épater les beatniks*.

En lo que a política se refiere y pese a la censura, se rea-

lizan en los Estados Unidos films importantísimos sobre todos los temas. Desde las previsiones apocalípticas en sátiras como *Dr. Strange love* o *Cómo aprendí a dejar de preocuparme y amé la bomba* de Stanley Kubrick, violenta ofensiva contra el militarismo y la estupidez norteamericanos, hasta los documentales sobre el proceso electoral o los múltiples films sobre discriminación racial, se manifiesta un afán por discutir acremente en público, y a través de los medios de difusión disponibles, la realidad social de estos años.

¿Y en México? ¿Se ha enterado alguien de estos procesos que, muy determinados en Norteamérica, también se producen y con igual vehemencia, en diversos países europeos? ¿Cuál ha sido nuestra Revolución Sexual y cuál el público debate artístico sobre la política? Vivimos una adolescencia cultural que ignora las modificaciones básicas en lo que se podría llamar el criterio burgués. Los rectores de nuestro *common sense*, quienes catalogan y archivan el bien y el mal, desconocen que terminaron los tiempos del Código Hays, que el desarrollo y la madurez de una cultura requieren libertad expresiva. *Se considerará que hay ataques a la moral: 1. Cuando se ofenda al pudor, a la decencia o a las buenas costumbres, o se excite a la prostitución o a la práctica de actos licenciosos o impúdicos, teniéndose como tales todos aquellos que, en el concepto público, están calificados como contrarios al pudor.*

Estas vaguedades: el pudor, la decencia, las buenas costumbres, se sitúan como los únicos estímulos creativos al alcance del artista. Todo se prohíbe en nombre de la paz o la vida hogareña, de la tranquilidad social o de la virtud. Y, ante la imposibilidad de modificar la situación, queda aún el recurso de preguntar: ¿Por qué la censura continúa actuando como si la Bardot no fuese ya un mito institucional, como si el viejo liberalismo de Lady Chatterley no hubiese sido ya reemplazado por la modernidad de *Jules et Jim*? ¿No resultan ya rígidos y momificados hasta la obviada los cánones que todavía nos tiranizan? ¿Quién decide cuáles son los temas para adultos? ¿Qué debe prohibirse, si es que algo debe prohibirse? ¿En qué debe consistir la prohibición? ¿Cuál es la línea divisoria entre la obscenidad y el arte?



"las previsiones apocalípticas"

NO MÁS CAMAS EN LA PANTALLA.
SON CUERPOS DEL DELITO, AFIRMA LA CENSURA
México, D. F., 16 de septiembre de 1984.

Al continuar con lo que se ha llamado Campaña de Limpieza, Depuración y Ennoblecimiento de la pantalla de plata, la censura, auxiliada por los boy scouts y por la agrupación "Hoguera de Piedad" (la del lema afanoso: "La cigüeña trae los niños, quien nos desmienta va al fuego"), anunció que no se permitirán ya más las escenas donde aparecen camas, catres o simplemente colchones. Son inmorales *per se*, dijeron, incitan al mal y al rompimiento de esa soledad esencial en el ser humano. ¡No más camas! ¡No más catres! ¡No más simmons! Sillas y mesas que promuevan el estudio y la sana alimentación. Gimnasios y bibliotecas. La cama, insistieron, protege a la pereza y a su hermana siamesa, la lujuria. Se permitirá el uso de las camas sólo en aquellas escenas donde aparezca un moribundo, aunque de preferencia se pide que las escenas de agonía sucedan en el campo de batalla, aunque se trate de la vida de estadistas, santos y generales. También se prohibió el uso de escotes, trajes de baño, playas y ropa veraniega. Se recomienda que los encuentros entre dos seres que se aman (siempre que se demuestre previamente que cuentan con la autorización de ambas familias) sucedan siempre en la Edad Media, para que lleven armaduras que los protejan contra la impudicia. No cejaremos, concluyeron los adalides del bien público, en nuestro empeño de hacer un cine que sí pueda entrar al hogar. Y distribuyeron profusamente propaganda de la Pathé Baby.

CENSOR, QUE CALLADO VIENES

Nuestra civilización no puede permitir que ande suelta una censura de cortos alcances. El censor limitado no odia nada en realidad, excepto la libre y desenvuelta conciencia humana. Amenaza nuestro desarrollo, nuestra amplitud de conciencia y nuestra conciencia en su actividad más sensible y novedosa, en su crecimiento vital. Detener o circunscribir la conciencia vital es engendrar seres limitados y nadie sino un ser limitado sería capaz de hacerlo.

D. H. Lawrence.

En todo está: en cine, teatro, televisión, radio, prensa, *comics*, en la propiciación de una atmósfera oclusiva, cerrada, intolerante; en todas partes se manifiesta el poder de la censura mexicana —y aclaro que es inútil nombrar, porque el fenómeno trasciende vastamente a sus representantes concretos— que cumple con lealtad su misión: proteger los intereses de la élite del poder, propiciar el clima conformista a donde pueda acogerse una nueva clase cuya amplitud de criterio sólo le lleva a fomentar la "casa chica", a legalizar el serrallo y que considera al café o al bar como los únicos sitios donde legalmente debe discutirse la política. Y esta nueva clase le otorga a su hombre de confianza, al Censor —a quien otorgaré una mayúscula que equivale a una máscara, a las facultades del símbolo—, un papel esencial: preservar en el cine la experiencia, la mundanidad de un Caballero de Colón de Monterrey, un masón de Fresnillo, Zacatecas, un izquierdista de Querétaro, un jefe bancario de la colonia Roma, un funcionario del Pedregal. El censor encarna el punto de vista, el *saber mirar* de la clase media mexicana, de ese 20% de nuestra población que con añoranzas juveniles integra su código moral y cuya pregunta básica no es "¿cuáles son los valores de esta película?", sino "¿dejaría yo que la viera mi hija Lourdes que en 1972 cumplió 15 años?"

En lo personal, el Censor no reprueba: le queda el recurso tartufo de amparar su decisión en la salud espiritual de los seres queridos. El Censor se remite siempre al daño infligido a un niño de cinco años que ve el strip-tease de Nadia Grey en *La Dolce Vita*. A través de su expresión natural, las tijeras, defiende el derecho y los deseos confesos de un grupo social que intenta vivir un mundo de apariencias, sin asechanzas pornográficas, sin amenazadoras contribuciones a la Ley de Malthus, al margen de drogadictos, elementos radicales, renunciadas públicas a la vestimenta, invertidos, sublevaciones contra la unidad familiar.

Estas notas no pretenden ser un ataque contra tal o cual funcionario. Así se entraría a los dominios de la anécdota, de la discusión de estilos de trabajo. Primero hay que poner en tela de juicio la necesidad de la labor de los censores y determinar sus manifestaciones legítimas. Porque el censor asume voluntariamente su papel de verdugo, de ejecutor supremo de sentencias. Al retirar una obra de teatro, al decretar un diccionario "tabú" en periódicos y revistas, al evitar la difusión radial de canciones



"Censor, que callado vienes"

"inconvenientes", al eliminar las escenas escabrosas en la TV y en el cine, el Censor entiende la corriente de antipatía que unifica a su favor, y sin embargo no se detiene. No es, desde luego, el intelectual heroico que resiste a todas las presiones (un Zola en un caso Dreyfus); es el funcionario que acomete muy a sabiendas una tarea desagradable, negativa. ¿Por qué esta asunción voluntaria de la picota? Hay una respuesta posible: el Censor se ha erigido en conciencia de la sociedad, es el alma responsable que acepta el riesgo de la decisión. Al elegir por toda una comunidad, opta por el filo de la navaja entre el ridículo y el gran acierto. Puede equivocarse, pero puede también convertirse en el supremo hacedor de nuestros gustos artísticos, en el cernidor que purifica nuestra moral. Sus tesis serán falibles, pero revelarán un trasfondo de sacrificio por el bien común, una personalidad vicaria: "Y cargó sobre sus hombros la moral de todos y fue humillado y escarnecido, mas hizo resplandecer la verdad".

Surge un retrato diferente del Censor: ya no es el sujeto vestido de negro, que empuña el Pequeño Larousse Ilustrado y que sabe de memoria el Código Civil. En lugar de esta leyenda macabra, sustituyendo al beato que califica el arte de modo alfabético, reemplazando a San Juan Bosco que se niega a ver *Y Dios creó a la mujer*, se alza un paladín del último decoro, broquel de la pureza de todas las Marías, Cármenes y Lupitas que, de no velarse sin fatiga, se corromperían en lo espiritual. El Censor es la moral por antonomasia, celoso protector del matrimonio, torre del recato, escudo del espectador.

Pero esta visión heroica se desintegra. Porque ni los fines éticos son el móvil exclusivo del Censor ni sus facultades son omnímodas. Los organismos que le confieren su derecho a la voz y al voto fueron creados por el Estado con propósitos muy específicos. Y el Censor debe responder a su encomienda. Su tarea es suprimir no lo escatológico, sino lo inconveniente en materia social. De hecho, actúa siguiendo un viejo método para tranquilizar conciencias y voluntades. Su censura es casi siempre física: interviene para cubrir o retirar los cuerpos del delito sexual. No se opone por ejemplo (como sería su obligación máxima) a la estulticia contagiosa, a la deformación histórica inaceptable, a la irrealidad criminal del cine mexicano. Contra la imagen de un Censor-San Jorge, se pronuncian las miles de películas, de series de TV, de transmisiones radiofónicas decididamente pornográficas y que sí minan las resistencias morales de Lolita, que el año entrante se inscribe en la Preparatoria. Si no véase la moraleja de films como *Canción del Alma* de Tito Davison: "Nunca tengas relaciones

pre-maritales, porque entonces se te van los mejores partidos y al día siguiente de tu boda te despiertas en el lecho de un pobre. Y más vale padre sinvergüenza pero rico, que madre honesta y en la miseria". La pornografía es un problema de intención, de niveles de honestidad; se produce también por acumulación de gestos, de alusiones, de leyendas comerciales y financieras sobre el amor. Y esa pornografía hipócrita, que se desliza incluso en *Fray Escoba* y *Así amaron nuestros padres*, jamás tiene dificultades para exhibirse.

CÓMICOS IRRESPONSABLES FOMENTAN LA INMORALIDAD PÚBLICA

México, D. F., a 4 de julio de 1966.

La Liga de la Pureza se pronunció hoy, en su Asamblea Anual, contra la exhibición de las cintas de Charles Chaplin, Harold Lloyd y Jerry Lewis. No es posible, se concluyó tras una agitada reunión en que se exhibieron las obras de los citados comicuchos, que película a película se les vea seguir como solteros, sin preocuparse por formar un hogar, siempre a la desbandada. Es significativo el hecho de que, aun cuando al término de cada film, su casamiento y su consiguiente responsabilidad moral parecen inminentes, al iniciarse el siguiente siguen igualmente célibes. Ergo, tienen problemas de índole impubescible o son tenorios inescrupulosos, ya que se niegan a ejercer deberes y derechos de los pater familias, manos que mecen cunas, gobiernan mundos y estipulan férreamente la moralidad. "No queremos gente que viva al margen de las leyes, pedimos respeto para nuestras hijas, para nuestras madres, para nuestras esposas", declararon. Los miembros de la Liga de la Pureza aplaudieron además la realización de *El Manual de Carreño*, película de seis horas de duración que dirigirá Miguel M. Delgado. Cantinflas interpretará a Carreño y Ana Berta Lepe a Doña Urbanidad.

Y ADEMÁS, LO SUYO PROPIO

...es de la mayor importancia proteger celosamente a la inmoralidad contra las agresiones de aquellos que no tienen leyes, excepto las de la costumbre y que consideran cualquier ataque a la costumbre como un ataque a la sociedad, a la religión y a la virtud.

George Bernard Shaw.

Los desnudos de Isabel Sarli, *Rififi entre los hombres* de Jules Dassin, *Los Amantes* de Louis Malle, *La Rosa Blanca* de Roberto Gavaldón, *De Repente en el Verano* de Mankiewicz, lo mejor de Brigitte Bardot, las cintas desaforadas de Elvis Presley, *Rebelde sin causa* de Nicholas Ray, *Los Jóvenes Salvajes* de Frankenheimer, *La Vida Íntima de Cuatro Mujeres* de George Cukor, *La Sombra del Caudillo* de Julio Bracho, *La Noche Brava* de Bolognini, *El Brazo Fuerte* de Giovanni Korporaal, *La Muchacha de los Ojos de Oro* de Albicocco: en diversos grados que van del corte significativo a la prohibición absoluta, del retiro presuroso de su cine de estreno a la pavorosa mutilación, todas esas películas han padecido la Censura. Y por ello son testigos inobjetables, veraces, de los motivos del Censor. Si es verdad la afirmación de Norberto Bobbio y la Censura caracteriza al régimen que la aplica, un catálogo de las prohibiciones arrojaría un resultado atroz. ¿Qué se suprime? Las escenas de violencia física contra Burt Lancaster en *Los Jóvenes Salvajes*, el duelo a navaja en *West Side Story*. El cine debe mostrar que el mundo es respetuoso y que las disputas se arreglan en conferencias pacifistas. ¿Qué se suprime? *El Prisionero del Rock* y *Rey Criollo* de Presley o un corto de los Beatles. Provocan el desmedido entusiasmo juvenil, excitan pasiones y las butacas, señores, deben ser el imperio de la compostura. ¿Qué se suprime? La opulencia de la Sarli en *La Diosa Impura* o el ejercicio sensual de la Bardot en *El Reposo del Guerrero*: la mujer está confinada a la santidad del hogar y ya bastante desprestigiaron los famosos griegos la cultura occidental. ¿Qué se suprime? *La Rosa Blanca*: las compañías petroleras no existieron, el petróleo siempre fue nuestro; *El Brazo Fuerte*: la sátira contra nuestra organización política no tiene cabida en el mejor de los mundos posibles; *La Sombra del Caudillo*: toda la Historia de México está demasiado cerca; no se puede ofender a Cortés, a O'Donoghú; se herirían susceptibilidades; el país es muy joven, no es mucho pedirle al cine que espere dos siglos para ubicar en la pantalla a personajes tan polémicos como Calles. ¿Qué se suprime? *De Repente en el Verano*, *La Muchacha de los ojos de Oro*, escenas capitales de *La Noche Brava* y *Tormenta sobre Washington*: las desviaciones sexuales no existen o al menos un país de muy machos y muy hembras no las prohíbe. ¿Qué

se suprime? *Rififi entre los hombres*: aunque la honestidad integérrima de nuestros conciudadanos está muy por encima de esta discusión, no era posible, señores, mantener abierta una escuela del "boquetazo". ¿Qué se suprime? La representación actuante del sexo, la posibilidad de juicios históricos o políticos, la exposición de tendencias sociales. En el mundo ideal que nos legarían los Censores, las mujeres de la vida galante no tendrían trabajo (a no ser que demostraran la existencia de una madre paralítica o se enamoraran de un joven estudiante), los apetitos físicos sólo serían culinarios, las costumbres raras serían la filatelia y la cinegética y los únicos actos contra natura acabarían siendo los temblores. Los jóvenes serían célibes por convicción deportiva; la Historia de México no sería otra cosa que una animada sucesión de desfiles septembrinos; y un hombre sólo entraría a la alcoba de una desconocida a condición de que fuese vampiro. En resumen, lo único que habría en todas partes es un intenso movimiento de tráfico. ¿No es pertinente, entonces, deseárselo larga vida a la Táctica y a la Estrategia del avestruz?

Cabe anotar algo a propósito de las mutilaciones. Si son tan negativas para la formación de Josefina, que estudia en la Bancaria Comercial, la cinta no debe exhibirse simplemente. Lo que no se puede es permitir que se vean únicamente puntos muertos o intermedios entre las secuencias decisivas de un film; permitir que nada más se vean las ruinas de una intención cinematográfica, es defraudar al público que paga por ver una película, no su resumen moralizado, lo que vería sin traumatizarse Trini que ya tiene novio formal. Somos las víctimas constantes de un engaño, dirigido a la madurez del espectador mexicano, una vez más puesta a prueba y negada.

Algún día, el espectador adquirirá el criterio suficiente para entender que en el mundo, aparte de los magazines de estrellas que compra Rosa, que no pudo estudiar danza porque a su papá le parecía inconveniente, hay también mujeres fáciles y relaciones no platónicas. Por ahora, conformémonos con la obra completa de Carlos Amador.

PREMIOS A PELÍCULAS DE DISTINGUIDO SABOR MORAL

México, 1º de julio de 1973

El Comité Unificador, Depurador y Moralizador de espectáculos públicos, parques, jardines para niños y obras piadosas, conocido como la Liga de la Tonsura, entregará hoy sus trofeos máximos a las películas que con denuesto más visible hayan propugnado una acérrima conducta esforzada en el movido terreno de la moral.

El premio "Queen Victoria" a la película que trata con mayor cariño las relaciones amistosas pero severas entre padres e hijos, se da a *Cuando las hijas se quedan* de A. Corona Blake, obra blanca y dulce que constituye un mensaje de esperanza para aquellas señoritas que no se han casado para no desertar de sus papacitos.

El premio "Savonarola" a la película que enfatice más el peligro de las relaciones sexuales después del matrimonio, se entrega a *El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla* de Miguel Zacarías, por la convicción bellamente expuesta de que la pureza marital debe conservarse a pesar de las asechanzas de cualquiera de los cónyuges.

El premio "Barry Goldwater" a la película que con más amor y comprensión se refiera al problema de las relaciones obrero-patronales, se otorga a *La Huelga Fatal* de H. Mariles, cinta de quince episodios sobre una vil organización, La Huelga, que intenta destruir la armonía de la existencia y que al fin es vencida por la comprensión y el aumento de horas de trabajo.

El Premio "Santa Inquisición" al film que mejor cobije y ampare al noviazgo como se debe, es decir, después de cumplirse los 30 años de edad, a *Frenesí de Invierno* de Servando González, cinta poética y campesina que enseña sabiamente las ventajas de saber esperar.

¿Debe haber una conclusión? Aunque sea dudosa, quizá hay que aventurarla. Ya que, al parecer, es inevitable la Censura y un régimen moral debe proteger sus intereses, queda tan sólo pedir, exigir que los proteja con inteligencia, que se decida a auspiciar espectadores adultos, capaces de entender —sin afán imitativo— la diferencia entre el adulterio y la noche de bodas. Si la Censura no modifica su rigor, si continúa fomentando la visión de un cine para adolescentes no muy avisados ni inquietos, si persiste en su falaz idea decimonónica del trabajo que le corresponde, el espectador mexicano continuará, en forma lamentable, dirigiéndose a un cine donde el que entrare, ha renunciado previamente a la esperanza.